

ORÍGENES ANCESTRALES DE LA AGRESIVIDAD HUMANA

FERNANDO VARELA¹

RESUMEN

Se propone buscar, o rastrear, los orígenes de la agresividad humana -especialmente la agresividad masculina- en el pasado evolutivo de la especie, especialmente a la luz de las similitudes que se encuentran en sus parientes primates más cercanos, los chimpancés. Se presentan, luego, los planteamientos esenciales de la nueva visión evolucionista sobre la agresión humana, mostrando algunas de sus características más notables en torno a la competencia intra e intersexual, la edad, así como la búsqueda y control de recursos socialmente valorados. La perspectiva evolucionista, sugiere raíces genéticas para comprender una serie de expresiones de la violencia humana: el abuso proveniente de los padres sustitutos, el infanticidio y la violación. Finalmente, se presentan datos que apoyan la idea de una amplia heredabilidad de la agresión: su especialización por género, su aparición temprana, su gran persistencia y permanencia en el ciclo vital, así como su alta correlación encontrada en gemelos idénticos criados separados. Todo ello apoya un llamado a analizar los problemas contemporáneos de las ciencias sociales, a la luz del pasado ancestral que enfrentó nuestra especie, así como de las diversas especies que nos precedieron.

Términos clave: agresividad humana, perspectiva evolucionista, agresividad chimpancé, abuso, infanticidio, violación.

A MODO DE PRESENTACIÓN

El conocido primatólogo Frans B. M. de Waal cuenta la siguiente historia: Durante sus estudios de la colonia de chimpancés del zoológico Burgers, de Arnhem, en Holanda, observó los comportamientos –y las *maquinaciones políticas*- de los machos jóvenes por alcanzar el puesto dominante: el puesto de macho alfa (el líder). Observó que uno de ellos, apodado *Luit*, permaneció durante cinco años maquinando para lograr tal cometido. Se enfrentó a *Yeroen* y *Nikkie*, dos machos rivales de su colonia, empleando su ingenio –no su fuerza, dijo de Waal- sopesando primero su poder con Yeroen y luego con Nikkie. Luit consiguió, finalmente, el puesto de macho dominante y, con ello, *el acceso privilegiado a las hembras de la colonia*.

Sin embargo, su poder terminó, sangrienta y abruptamente. Relata de Waal que una mañana lo llamó urgente su ayudante, para que concurriera rápida al zoológico, pues le tenía malas noticias.

¹ Profesor de Escuela de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Central.

Había encontrado agonizando a Luit, apenas consciente, cubierto de sangre y con sus carnes desgarradas. Tenía heridas en la cabeza, los costados, las manos y los pies. Luit finalmente murió. Pero Frans de Waal –notable observador– añade un detalle más a esta trágica historia. Yeroen y Nikkie le habían propinado a Luit una afrenta peor: *le habían arrancado sus testículos*. (de Waal, Frans B. M., 1986).

Este “episodio” ha sido analizado y comentado por numerosos investigadores y analistas sociales (por ejemplo, Fukuyama, 2002; Leakey y Lewin, 1995), notando sus paralelos con el comportamiento “político” humano. Es, sin duda, fuente de diversas interrogantes. Es para nosotros, también, fuente inspiradora de numerosas preguntas.

¿Dónde nace la agresividad humana? ¿Es posible pensar en un *origen*? ¿Es posible pensar en un origen *ancestral*? Y si tal origen es verdaderamente ancestral, ¿dónde tendrían que centrar sus análisis –en lo referente a la agresividad– las ciencias sociales del siglo XXI? De hecho, ¿dónde centran sus esfuerzos *ahora*, en relación a la búsqueda de las razones –o las causas– de la agresividad en humanos?

El fenómeno de la agresividad humana –así como tantos otros problemas relativos al fenómeno humano– se encuentra en medio de una profunda transformación, en términos de nuestra manera de abordarlos. Nuestra intención en este artículo es, justamente, mostrar pautas, u ofrecer pistas- para contribuir a tal transformación. Esto implica –a nuestro juicio– un enorme reto para las ciencias sociales actuales. Implica mirar de un modo distinto el presente: *implica mirarlo a través del pasado*. A través de la *evolución*. Abramos, luego, una puerta. Miremos el pasado.

UNA HISTORIA DE 7 MILLONES DE AÑOS DE EVOLUCIÓN

Consideremos los últimos 7 millones de años de evolución. ¿Es mucho tiempo? Así es. Muchas cosas pueden haber ocurrido en tan largo lapso de tiempo. Y si ocurrieron, fueron centrales para nosotros, los humanos. Los últimos siete millones de años marcan la separación de una nueva rama, o gama de especies, que se separa del tronco común de los primates: los *homínidos*.

En efecto, la investigación paleoantropológica y genética contemporánea establece hoy algo que es fundamental: nuestros antepasados se separaron –hace 7 millones de años, aproximadamente– de un antepasado ancestral común a chimpancés y humanos, dando origen a los homínidos, como una nueva rama evolutiva (Wong, 2003).

Efectivamente, 7 millones de años es mucho tiempo. De hecho, se calcula que nuestra propia especie, *Homo sapiens sapiens*, tiene una data de origen estimada entre 150 a 200 mil años atrás. ¿Es eso mucho tiempo? No tanto, si lo consideramos a la luz de 7 millones de años de una historia homínida de larga diferenciación.

¿Y cuál es el papel de la agresividad en todo esto? ¿Son agresivos los animales?, ¿Son agresivos los primates? Si lo son, ¿se encuentra ahí la raíz de la agresividad humana? ¿Tendrá

esto algo que ver con el sexo? ¿Podemos sospechar (o sostener) que la agresividad humana (la de ahora, así como la del pasado) se generó por motivos, razones o causas semejantes? Y si son semejantes, ¿dónde está la semejanza? Y si son diferentes, ¿dónde se encuentran tales diferencias? ¿Y cómo se habrá transformado todo esto durante los últimos siete millones de años de evolución homínida? En síntesis, ¿podemos preguntarnos si la agresividad humana tiene alguna lógica?

Tantas preguntas son imposibles de responder en un artículo de este tipo. Tal vez son muy ambiciosas. Disculpe, el amable lector, o lectora, por tanta ambición. Pero la ciencia es así, constituye una búsqueda dificultosa de respuestas a preguntas ambiciosas. Y, en ello, se enfrenta con numerosas alternativas –algunas clásicas y otras muy novedosas– para enfrentar su gran cometido –en este caso– *dar cuenta de las características fundamentales del fenómeno humano*. Y dar cuenta de las múltiples formas de la agresividad es una de esas ambiciones. Una que es fundamental.

No podemos responder a tanto. Pero podemos buscar y proponer ciertas pistas. ¿Para qué? Para poder, así, ayudar a clarificar el trabajo de las ciencias sociales del siglo XXI. Y es eso lo que deseamos hacer: ayudar, facilitar, contribuir. Vamos a intentar rastrear pistas en esta larga historia.

Algunas pautas que marcan la agresividad en el mundo chimpancé

¿Es tan diferente la agresividad humana a la agresividad primate, en general? ¿Qué pautas marcan la agresividad en nuestros parientes primates más cercanos, los chimpancés? De nuevo, queremos recordarle que solo buscamos pistas. Y si de buscar pistas se trata, entonces, vamos a conocer a algunos de los investigadores que nos proporcionan –a nuestro juicio– las mejores pistas. Dejémoslos llevar, entonces, por ellos.

En un excelente artículo, publicado en 2003, Michael Wilson y Richard Wrangham, nos informan de los resultados de 40 años de estudios sobre chimpancés (Wilson y Wrangham, 2003). Algunas de las características relevantes a nuestro tema, que discuten ellos, son las siguientes:

Los chimpancés viven en grupos llamados “comunidades”. Tales comunidades suelen contener entre 20 a 150 miembros, aunque ellos suelen viajar, reunirse y dormir en agrupaciones de 1 a 20 miembros.

El número es ya interesante. Robin Dunbar (1993, 2000, 2003) planteó, por ejemplo, que el tamaño de la neocorteza en primates se correlaciona con el número de miembros de las comunidades donde ellos viven. Por tanto, el tamaño de nuestra neocorteza (que es muy grande, comparada con las de otros primates) refleja un incremento progresivo del número de miembros de nuestras comunidades ancestrales. Esto nos habla del *incremento progresivo de la complejidad social*. Dunbar relaciona esto con la intencionalidad en el mundo primate. El florecimiento de la intencionalidad nos habla de un incremento de la complejidad social y de ciertas estructuras cerebrales –tal como la corteza prefrontal– involucrada con estos desarrollos.

De hecho, según él, todos los primates se caracterizan por vivir *en un mundo social complejo*: muchos miembros, muchos aliados posibles y también muchos adversarios potenciales (recuerde al infortunado Luit). Y muchas relaciones de pareja posibles también (mientras sepamos movernos con “*inteligencia*” en ese mundo).

Ellos pasan más tiempo en las áreas centrales que en la periferia de “sus” territorios.

Las comunidades territoriales chimpancés se superponen entre un 10 a un 50 por ciento. La mayoría de las hembras evitan recorrer los bordes de sus áreas territoriales, a menos que participen de una incursión con muchos machos.

Notemos algunas semejanzas. Es más seguro vivir en lugares “protegidos”: dentro de las murallas de las ciudades, bajo el alero de un Estado, por ejemplo. Por su parte, las hembras humanas evitan también incursionar en lugares peligrosos: en áreas donde patrullan vecinos belicosos, en ciertos barrios, en calles periféricas oscuras, etc.

Las madres se encuentran, frecuentemente, solas con sus hijos.

El espacio “individual” de las madres se solapa (intersecta), frecuentemente, con el mismo espacio de otras hembras en vecindades (neighborhoods).

Muchas madres humanas se encuentran, también, solas con sus hijos. Cuando alguno de los padres deja el hogar este es, por lo general, el hombre.

Por otra parte, muchas culturas practican la poligamia, donde la poliginia es lo más habitual (un hombre tiene más de una esposa). En realidad este “arreglo” es tan habitual que se encuentra, o se tolera, ¡en la mayoría de todas las sociedades conocidas! En muchas de ellas las diversas esposas deben “convivir” unas con otras.

Los chimpancés se mueven en territorios cuyos bordes son defendidos agresivamente por grupos móviles de machos (patrullas), listos para atacar y matar a los machos de comunidades vecinas.

Los machos suelen matar machos de comunidades vecinas. Tres o más machos suelen atacar, en “pandillas”, a una víctima solitaria, el que es sostenido por algunos de los atacantes, mientras que otros lo golpean y lo morderían. Los atacantes raramente reciben daños.

Grupos de machos han matado miembros de comunidades vecinas cuando los exceden en número y los pueden sorprender.

¿No se parece a la estructura de la guerra entre los humanos? Los guerreros -por lo habitual, hombres- se organizan en grupos, pelotones, compañías, divisiones, ejércitos, etc. Practican las emboscadas. En realidad, todavía no se conoce ninguna experiencia histórica donde sean las mujeres las que se organizan para atacar militarmente a sus vecinos (la historia de las “amazonas” es sólo eso, una bella historia: una *fantasía*, quise decir). Y, por supuesto, los hombres todavía forman “pandillas” de todo tipo. Hollywood y la industria del cine nos proveen de muchas ilustraciones sobre cómo actúan tales pandillas. Probablemente aquí Hollywood sí tenga razón.

Los machos están relacionados unos con otros en cada comunidad, (male – kin bonded communities: comunidades con lazos de parentesco masculinos) donde pasan toda su vida, mientras las hembras migran a comunidades vecinas (female dispersal), luego de alcanzar la pubertad.

Este es un sistema *patrilocal*: una comunidad basada en lazos de parentesco masculinos. Como tal este sistema se encuentra en muchas sociedades de cazadores – recolectores actuales.

La estrategia operativa de los machos consiste en defender un territorio lo más extenso posible, para incrementar la adquisición de comida -principalmente fruta- y, luego, incrementar sus sucesos reproductivos. Por ejemplo, dicen ellos, la antropóloga Anne Pusey encontró que mientras más amplia era el área de refugio de la hembra chimpancé, más corto es el intervalo entre los nacimientos (Wilson y Wrangham, 2003).

Este sí que es un dato interesante. Considere usted que las estrategias reproductivas entre hombres y mujeres pueden considerarse como un intercambio de “sexo por recursos”.

Bajo esta figura (simplificando, por supuesto) puede decirse que los hombres quieren sexo y están dispuestos a ofrecer sus recursos por ello (*a veces*); mientras las hembras desean recursos, y están dispuestas, también, a entregar sexo por ellos (por los recursos –se entiende– *a veces*).

Para los evolucionistas esto es clave (David Buss, 1994; Daly y Wilson, 1985, 1988, 1996). Piensan que, por esto, los hombres -llegando la pubertad- adoptan un abanico de conductas “peligrosas”: se pelean entre sí, se matan entre ellos, se involucran en comportamientos riesgosos –e, incluso, se suicidan más que en todos los otros rangos de edad en la vida–. Todo para escalar en la jerarquía y asegurar recursos valiosos (o sufrir sus consecuencias). Difícilmente se entiende esto si no es a la luz de la intensa competencia intrasexual involucrada acá: *por el acceso privilegiado a las mujeres* (lo mismo, básicamente, que explica el comportamiento *socialmente inteligente* de los chimpancés de de Waal).

En algunos casos, algunas comunidades chimpancés han “exterminado” comunidades de machos vecinos (entran en “guerra”). Practican raids letales a enemigos vulnerables. Aunque las hembras vecinas pueden ser “absorbidas” por los victoriosos, esto no es habitual, porque ellos no acostumbran capturar hembras vecinas, sino que atacan a las hembras extrañas.

Bueno, los humanos también practican la guerra (y el exterminio). Conquistan territorios vecinos, saquean y también *violan*. Ahí tenemos, al parecer, una diferencia. Los estudios sobre la violación en tiempos de guerra (*wartime rape*) constituyen una rama de la investigación moderna en ciencias sociales que ofrece datos sorprendentes.

Gottschall (2004), por ejemplo, ha ofrecido una excelente exposición de esta interesante línea de investigación. En este comportamiento, entre otras cosas, destaca su *recurrencia*. Los datos y noticias sobre violaciones masivas en tiempos de guerra vienen desde la antigüedad:

“No hay razones para pensar que las violaciones masivas eran menos comunes que lo que se vio antes del siglo XX. Quizás la mayoría de las guerras históricas bien documentadas incluyen ejemplos de violaciones militares amplias. Por ejemplo, violaciones masivas están bien documentadas en las guerras entre los judíos y sus enemigos en los tiempos bíblicos,

en las crónicas anglo-sajonas y chinas, en las guerras de la Europa medieval, durante las cruzadas, en la conquista de Persia, por Alejandro, en la vida de los vikingos, en la conquista de Roma por Alarico, en las guerras patricias de la Grecia antigua, y así.” (Gottschall, 2004).

Un caso especial fue, al parecer, el del mongol Genghis Kahn. Genghis Kahn se caracterizó por hacer la guerra, saquear y por violar a muchas mujeres, especialmente las de sus vencidos (y tener muchas esposas también). Y por tener muchos hijos. Ellos también tuvieron muchos hijos. En realidad, tuvo tantos descendientes que la información genética contemporánea estima ¡que hasta el 8% de los hombres de la población asiática actual podrían ser descendientes directos del mongol Genghis Kahn!. (Kruszelnicki, 2003).

Pero no es sólo eso. Los tiempos modernos han sido prolíficos en tales comportamientos. Se han documentado violaciones masivas en la Segunda Guerra Mundial en Bélgica, en Berlín, en China y Pakistán. Y, últimamente, en Bosnia y Herzegovina, Bangladesh, Camboya, Haití, Liberia, Somalia y Uganda, entre otros (Gottschall, 2004).

La violación, por supuesto, no es “sexo por recursos”. Más bien parece ser “sexo sin entregar recursos”. Y si esta pauta marca un sendero de violencia presente en humanos, nos podemos preguntar ¿Por qué? ¿Por qué se da tanto?

Sigamos con nuestros parientes cercanos, los chimpancés.

Dentro de una comunidad hay una jerarquía de machos, sujetos a lo que se denomina (eufemísticamente) “elecciones”. Los machos alfa pueden perder las “elecciones”, cuando otros machos forman alianzas en contra de ellos. “Perder una elección” lleva, frecuentemente, a la muerte (es lo que le sucedió a Luit).

Los machos y las hembras no se asocian en familias sino que viven en jerarquías separadas. Los machos hacen que las hembras les tengan deferencia, si es necesario con violencia. Toda hembra está subordinada a todo macho.

Similitudes y diferencias. Los humanos nos agrupamos en familias (por lo general). Pero la familia es también -a veces- un lugar violento. La violencia intrafamiliar es una de las formas de violencia más común entre humanos. En Chile, por ejemplo, constituye una prioridad programática para el Ministerio de Salud -en el área de la salud mental- dado que, según sus estadísticas, 336 de cada mil mujeres chilenas, desde la adolescencia, han sufrido algún tipo de violencia -física o psicológica- de parte, mayormente, de sus parejas. (Minsal, 2003). El femicidio, por otra parte, constituye una preocupación creciente en nuestro país. Estas son otras facetas de la violencia. ¿Habrá pautas especiales para explicar estas formas de violencia? ¿Tendrá algo que ver el pasado aquí?

Como puede verse, tenemos similitudes y diferencias. Es lógico -somos primates- *semejantes* a ellos, aunque 7 millones de años de evolución diferencial han logrado construir *algunas diferencias*. Algunas de las diferencias más interesantes se encuentran, por supuesto, en los “arreglos sexuales” de los primates. Veamos, algunas otras semejanzas y diferencias.

La hembra chimpancé anuncia su fertilidad con protuberancias coloreadas en sus zonas genitales, y es cubierta por todos los machos prominentemente, tanto que –a veces– sólo puede comer tranquila por la noche. Parece haber una ventaja en copular con cada macho en una especie de orgía pública, ya que *se confunde la paternidad* y, así, es difícil que los machos maten a infantes que ellos “sepan” (o “sospechen”) que no son suyos.

Las lógicas de los diversos sistemas de emparejamiento, por otra parte, siguen pautas que están siendo intensamente investigadas por parte de numerosos analistas. Ello ha abierto temas insospechados hace sólo algunas décadas. Daly y Wilson, por ejemplo, comentan al respecto, en una entrevista concedida al ingeniero chileno Roberto Araya (Araya, 2000):

“En los mamíferos, el éxito reproductivo de los machos es casi siempre más variable que el de las hembras. Esto es debido a que un macho puede ser padre de un descendiente sobreviviente con muy poca inversión de tiempo y esfuerzo mientras que una hembra usualmente no puede, así que los machos más prolíficos tienen muchos más descendientes que lo que pudiera jamás tener cualquier hembra, pero los machos también tienen mucho más probabilidad que las hembras de morir sin llegar a tener hijos. Básicamente, la “poligamia efectiva” de un sistema de crianza sólo se refiere a la magnitud de esta diferencia entre sexos. En algunos animales, tales como los elefantes marinos que habitaban las Islas Juan Fernández, un macho dominante puede engendrar con docenas de hembras, y los machos pelean fieramente por este inmenso “premio de fitness”. En el otro extremo, varios monos de Sudamérica, tales como los titís o los monos lechuza, son monógamos o virtualmente monógamos; de manera que los machos y hembras tienen distribuciones de fitness similares, y los dos sexos tienden a ser igualmente agresivos y competitivos.”

Existen muchas indicaciones de que el animal humano evolucionó como una especie ligeramente polígama - nunca tan polígama como los elefantes marinos, pero tampoco no estrictamente monógama. Algunos hombres han siempre monopolizado dos o tres esposas mientras que otros hombres perdían. Este estado de cosas tiende a seleccionar a una psicología más intensamente competitiva en el sexo con mayor variabilidad de fitness, debido a que aquellos que pueden ver que están perdiendo en la competencia social deben aumentar la lucha, aún a riesgo de morir.” (Araya, 2000).

Machos y hembras enfrentan diferencias estructurales fundamentales respecto a los sucesos reproductivos. Esto lleva a pensar en estrategias reproductivas diferenciales. Muchas de ellas involucran violencia.

Los machos llevan, a veces, a separar a las hembras del grupo y a crear lazos exclusivos durante un ciclo. Tales cortejos resultan forzados hacia las hembras (no son deseables por ellas), quienes reconocen el riesgo de concebir infantes por parte de un padre *conocido*.

El sistema de paternidad-poder “funciona”. Tests de ADN muestran que los machos alfa son los padres de al menos un tercio de los infantes.

La “promiscuidad” chimpancé lleva la competencia al terreno de los espermatozoides y, en ellos, los machos están provistos de testículos más voluminosos, en proporción a su corpulencia, que los nuestros.

Esperando que usted no se ofenda, sepa que el tamaño de los testículos de los machos varía enormemente en primates. Y ello se relaciona con la “promiscuidad” femenina. Los testículos de los chimpancés son enormes comparados con los nuestros: diez veces más grandes. Ellos deben competir con los otros machos para fecundar a las hembras. Por otro lado los testículos de los gorilas son muy pequeños, comparados con los de los chimpancés. Ellos copulan con dos o tres hembras que le son sumamente “fieles”. El hombre tiene testículos de tamaño intermedio, lo cual sugiere que las hembras humanas no son ni tan promiscuas como las de los chimpancés, ni tan fieles como las del gorila... (Piense en lo que esto significa para los efectos de la violencia en humanos. No olvide que a Luit sus “rivales” le arrancaron los testículos).

A todo esto le podemos agregar los datos aportados, en un interesantísimo artículo, por Barry Maletzky (1996). Según él.

Los machos presentan predilección hacia emparejarse con hembras jóvenes, mientras que las hembras raramente, si es que alguna vez, se emparejan con machos adolescentes, o preadolescentes.

Los machos humanos muestran también esta predilección. David Buss comenzó sus investigaciones sobre el emparejamiento humano preguntando sobre qué quieren las mujeres (en los hombres) y qué quieren los hombres (en las mujeres). Los datos coinciden con las preferencias chimpancé. En 37 culturas distintas, repartidas por los cinco continentes, encontró lo mismo: la primera predilección masculina fue la juventud en las mujeres (Buss, 1994). Y las mujeres prefieren hombres con tres años, aproximadamente, mayores que ellas. Es razonable pensar que machos y hembras entran en conflictos *intrasexuales* e *intersexuales* por lograr lo que quieren. Los hombres no se matan entre sí por cualquier mujer. Las mujeres tampoco. Buss ofrece muchas otras pistas (Buss, 1994).

Los chimpancés muestran también nuestra predilección hacia el interés y excitación sexual que se basa en la presentación de estímulos visuales, opuestos a los olfativos (las coloraciones de la hembra).

Los machos humanos, más que las hembras, cultivan una gran afición a la pornografía.

En todos los vertebrados, el género tormentoso, enfadoso o agresivo (angrier) es el masculino. Los instantes más agresivos, con mucho, están marcadas por aquellos meses del año que marcan la mayor competencia por las hembras. (la receptividad sexual de la hembra humana es continua).

Interesantísimo. Los humanos somos parte de los primates, los primates pertenecen a los mamíferos y, junto a otras divisiones del mundo animal, somos parte de los vertebrados. Y si esta es una estructura típica de los vertebrados, ocurre que estas estructuras ancestrales se pueden rastrear hasta en los peces, esto es, cientos de millones de años atrás!

Y no es un invento. Se han reportado episodios de agresividad y sumisión en los peces cíclidos, en el contexto de su reproducción. Y episodios de violación en una extensa variedad de vertebrados (gansos, turones, etc.). Incluso en moscas. El caso de la mosca escorpión es famoso: *¡los machos poseen un apéndice para violar a las hembras!* (Buss, 1994; Thornhill y Palmer, 2000).

Y sobre la receptividad sexual continua, ni hablar. Es un premio permanente. De hecho, una de las adaptaciones femeninas más sorprendentes es, justamente, la ampliación de su período de receptividad sexual a *todos los días de su ciclo mensual*, durante *todos los días del año*. La hembra chimpancé tiene un período restringido. Piense en lo que esto significa: la evolución (no la modernidad) la dotó de *la posibilidad fisiológica de intercambiar, permanentemente, sexo por recursos*. Y los genes dirigen esto. No es el “aprendizaje”. Aunque todo puede mejorarse... con el aprendizaje.

Todos los primates machos no-humanos despliegan erecciones antes de montar a una hembra. El exhibicionismo, señala Maletsky, es el crimen sexual más común reportado en humanos (Maletsky, 1996).

Aunque la pedofilia es rara entre los simios es vista frecuentemente en machos no dominantes que pierden hembras, frente a sus competidores. La agresión sexual es común en los simios. Pero la pedofilia ocurre, frecuentemente, en machos inefectivos que pierden rasgos de dominancia y sufren de baja “autoestima”.

A continuación, revisaremos algunos datos al respecto. Muestran pautas similares.

UN ABANICO DE COMPORTAMIENTOS AGRESIVOS EN HUMANOS: LA NUEVA VISIÓN EVOLUCIONISTA

¿Tendrá, entonces, la agresividad *humana* alguna lógica? ¿Seguirá patrones que la asemejen al empleo de la agresividad en otros primates? ¿Habrán, luego, tanto *continuidad como especificidad diferencial* en tales patrones? ¿Será tan diferente la agresividad humana a la agresividad primate, en general? Es –ya lo dijimos– un conjunto de preguntas ambiciosas. De nuevo, queremos recordarle que solo buscamos *pistas*. Y si de buscar pistas se trata, entonces, vamos a conocer a algunos de los investigadores que nos proporcionan, en estos temas –a nuestro juicio– las mejores pistas.

Se trata de un nuevo conjunto de estudiosos: aquellos que se autodefinen como *evolucionistas*. Nos referimos a los nuevos evolucionistas –a los del siglo XXI, por supuesto– no a los anteriores (entiéndase, *no a los del siglo XIX*).

La visión evolucionista sostiene, esencialmente, que la agresión humana –así como la agresión sexual, en particular– puede y debe entenderse, con mucha mayor claridad, cuando observamos sus características a la luz del pasado de nuestra especie (o de aquellas especies que nos precedieron). Y con esto quiere decir que debemos fijarnos en el diálogo permanente en el que se

encuentran los genes y los instintos, con las condiciones ambientales, sociales y culturales donde ellos se expresan. En permanente interacción.

Nada tan diferente a las otras visiones –las más clásicas– salvo por una diferencia crucial. El punto es que –con toda probabilidad– el ambiente en el cual aparecieron y se asentaron muchas de las características que hoy día vemos en los humanos poco tiene que ver con el presente. Más bien tienen que ver (o fueron adaptativas) para el ambiente donde realmente evolucionaron las características corporales o mentales de nuestros antepasados: el Pleistoceno. Así, el punto es que funcionamos –por lo general– *con una mente ancestral, alojada en un cerebro moderno*. Una mente preparada para enfrentar con éxito las tareas relevantes en esos ambientes (por ejemplo, el de la sabana africana, el de la era de los hielos en Europa y Asia, etc.). Por ello, esa mente, elaborada para resolver problemas humanos ancestrales, tales como la búsqueda del alimento, su reparto, la búsqueda y el encuentro sexual, el cuidado de nuestras crías, etc., se encuentra –a veces– con dificultades (o con facilitaciones algo arcaicos) para resolver los problemas “novedosos” que le colocan los ambientes “actuales” (la vida sedentaria, la escolaridad, la vida urbana, o las demandas del trabajo actual).

Con esas ideas abordan los “nuevos” temas humanos. *Buscan el rastro del pasado en el presente*. Se fijan, por ejemplo, en rasgos o similitudes recurrentes del comportamiento humano, que muestran –con alta probabilidad– una pauta ancestral. Y es en ese contexto, señalan, que hay varios hechos o datos importantes referentes a la agresión humana que son universales a través de las culturas (Daly y Wilson, 1996, Wilson y Daly, 1985):

- Los hombres toman más riesgos que las mujeres y se exponen, con mayor probabilidad, a involucrarse en situaciones peligrosas.
- Los hombres presentan una mayor tendencia a buscar recompensas inmediatas, que recompensas mayores pero más tardías.
- Los hombres son más agresivos que las mujeres y muestran tales comportamientos desde la edad de 2 años en adelante. En los EE.UU., los hombres cometen el 86% de los asaltos, el 87% de los asaltos con agravantes y el 89% de todos los asesinatos, siendo este, particularmente, el caso para los hombres del grupo de edad entre los 14-24 años (Larsen y Buss, 2005).
- Los hombres tienen mucha más probabilidad en escalar los altercados a un nivel peligroso.

Los evolucionistas ven la agresión, en general, como una solución adaptativa a los problemas particulares que presenta la selección sexual.

Daly y Wilson (1985, 1988, 1996), por ejemplo, señalan que las desigualdades en la inversión paternal, entre hombres y mujeres, implica que los hombres tienen que competir unos con otros, por el acceso a las hembras de alto valor. Esto es, las mujeres invierten mucho en una relación parental (mucho tiempo y esfuerzo en cuidar a sus hijos), mientras los hombres, para reproducirse, pueden invertir mucho menos (el costo de una sola relación sexual). Así, ellas buscan hombres dispuestos a

comprometerse a largo plazo. Mientras ellos buscan sexo sin compromiso. Es la conocida fórmula de “sexo por recursos”. Por tanto, puede pensarse que las mujeres seleccionarán activamente a varones que pueden demostrar sus superiores capacidades paternas (*asegurando y manteniendo el acceso a los recursos*). Mientras ellos buscarán otras claves en las mujeres: aquellas relacionadas, por ejemplo, con el *atractivo sexual*.

Por otra parte, dicen, nos encontramos con el problema de las formas de emparejamiento ancestral. Se sospecha, como ya dijimos, que en el pasado evolucionamos bajo condiciones de *poligamia moderada*, donde un macho alfa se acoplaba con varias hembras.

En muchas sociedades un hombre, o unos pocos hombres, acaparan una gran cantidad de recursos (y mujeres). Por otra parte, en algunas sociedades de cazadores recolectores el número de machos es mayor que el de las hembras. En ellas la competencia sexual aparece exacerbada. (Este es, por ejemplo, el caso de los yanomamos. A ello contribuye el *infanticidio*, fundamentalmente *femenino*).

¿Qué características presenta la agresión, según esta visión?

La agresión se utiliza a menudo para infligir costos a nuestros rivales, y puede extenderse desde insultos verbales (por ejemplo, denigrando su status) hasta ataques físicos (por ejemplo, duelos). Hay varios factores involucrados aquí:

Juventud

La competición entre varones es más alta en aquellos que entran al “mercado amoroso”, en la medida que ellos requieren asegurar una mejor posición, permitiéndoles competir contra varones más maduros, o de mayor rango social y mayores recursos.

Wilson y Daly (1985) encontraron que los varones jóvenes tienen mayor probabilidad de involucrarse en confrontaciones peligrosas cuando la recompensa *es un alza en el estatus social*.

Además, los varones jóvenes es más probable que escalen desde altercados triviales cuando exista un potencial de “pérdida de cara” (loss of face), frente a otros competidores varones, o frente a parejas femeninas potenciales – lo que ellos llamaron el “síndrome masculino joven”-.

En la adolescencia el asesinato de hombres se incrementa drásticamente, hasta alcanzar un peak, a comienzos de los 20 años. Es en esta edad donde los hombres presentan una probabilidad *seis veces mayor* de ser asesinados, precisamente por otros hombres jóvenes.

Estatus Social

Es importante para los varones ser capaces de alcanzar y mantener inicialmente cierta situación social, para luego defenderla o mejorarla, habiendo muchos ejemplos de tales jerarquías (por ejemplo, las competencias deportivas, el poder político, el respeto de amigos y colegas).

En tales estructuras de poder, los ganadores obtienen, típicamente, posición o estatus social, mientras que sus opositores *pierden estatus social*. Esto es, por supuesto, sensible al contexto social, por ejemplo, un hombre que se bate con un niño va a perder más estatus que el que gana.

Así, los hombres que están en el fondo de la jerarquía social enfrentan presiones crecientes para competir, de modo que podemos predecir que aquellos hombres que pierden o carecen de recursos –o estatus social– se involucrarán, dicen ellos, en conductas más riesgosas para conseguir lo que desean. Wilson y Daly (1985) demostraron que era más probable que los hombres pobres o solteros cometieran más asesinatos que los hombres más ricos o los casados.

Además, los humanos pueden almacenar recursos (tierra, agua, herramientas, armas, mujeres) y así la agresión puede utilizarse también para *mantener el control sobre los recursos acumulados*. La agresión humana se emplea comúnmente en la adquisición de recursos tales como juguetes, territorio, comida, propiedades, joyas, dinero- (por ejemplo en el *bullying*, o acoso escolar, o en el robo con allanamiento de morada).

Reconocen que, a través de la historia humana, la guerra ha consistido en coaliciones de *hombres* que invaden territorios vecinos y toman el control de los *recursos* que ellos contienen. Agregan que cultivar una reputación de agresividad (basado o no en la realidad) puede ser muy útil para disuadir a sus rivales en sus intentos por cometer actos agresivos futuros contra usted.

Padres Sustitutos (Step-Parents) y Abuso

Los evolucionistas señalan, por otra parte, que podemos esperar que los padres sustitutos tendrán menos cuidado con “sus” niños que los padres genéticos. Las historias referentes a padres-de-paso descuidados constituyen un universal cultural, en la medida que padres y madres, en toda la historia humana, los han debido dejar a cargo de niños que dependen de ellos, por lo que todas las sociedades han adoptado alguna forma de sistema de parentesco-de-paso (step-parenting system).

Es un hecho triste que los niños de las familias de padres sustitutos están representadas desproporcionalmente en las estadísticas de lesiones y asesinatos (injury/murder) (Daly y Wilson, 1985).

Por ejemplo, en un estudio antropológico de una muestra de los indígenas Aché de Paraguay, Hill y Kaplan (en Daly y Wilson, 1985) reportaron que, de 67 niños criados por la madre y el padrastro, el 43% habían muerto antes de la edad de los 15 años, comparado con sólo el 19% de

los niños criados por los padres genéticos. El mismo patrón apareció en sociedades industriales cuando se examinaron los datos de un sondeo en Estados Unidos, en 1976, que reveló que los hijos sustitutos era 100 veces más probable que fueran abusados fatalmente, que un niño de la misma edad, que vivía con sus padres genéticos. Los niños con el mayor riesgo eran aquellos de la edad entre 0 a 5 años (Araya, 2000).

Los niños de los hogares que implican a un padre-de-paso (especialmente un padrastro) tienen 40 veces más probabilidad de figurar en las estadísticas locales de abuso, para fugarse o para volverse delincuentes juveniles (Daly y Wilson, 1985), independiente del nivel socioeconómico.

Sin embargo, Tamrin et al., (2000) analizaron los datos para los niños entre las edades de 0 a 15 años asesinados en Suecia entre 1975 y 1995 (un total de 175 casos). Ellos encontraron que el factor de riesgo dominante era un niño que vivía con un solo padre (con un índice de mortalidad de 12.6 por millón en comparación con 3.1 por millón en los niños que vivían con 2 padres). La presencia de un padre-de-paso no aumentó el riesgo.

Infanticidio

Mientras puede predecirse que las madres y los padres harán todo para asegurarse que sus niños recién nacidos sobrevivirán (pues ya han invertido tanto en ellos), Robert Trivers argumentó que hay ciertas instancias donde es probable que ocurra el infanticidio (Daly y Wilson, 1996). Estas circunstancias pueden ser:

- Cuando el padre presente inseguridades sobre si tal descendiente sea genéticamente suyo
- Cuando existan indicaciones de que el niño presente “baja calidad” (is of poor quality) (minusválido, con deformaciones, etc.)
- Cuando escasean ciertos recursos “ambientales” clave (falta de alimento, redes sociales de apoyo, etc.)

Daly y Wilson (1996) argumentaron que puede esperarse que la selección natural favorezca a aquellos individuos cuyo esfuerzo parental se asigna “de la mejor forma posible” (is best allocated), de modo que la inclinación paterna para cuidar a un niño en particular estará determinado por predictores disponibles acerca de la contribución eventual de ese niño a la aptitud parental (parental fitness).

Bajo esa lógica, ellos señalan que estudios etnográficos han revelado que el infanticidio es más probable que ocurra cuando:

- El niño presenta minusvalías obvias (is obviously handicapped)
- El niño es concebido vía adulterio

- La madre muere en el parto
- Nacen gemelos en tiempos de dificultad económica

Daly y Wilson (1996) generaron, además, varias predicciones:

- La probabilidad del homicidio del niño, por parte de los padres naturales, será máxima con los infantes (los más pequeños): Esto se ha confirmado.
- Las madres infanticidas será más probable que sean padres-solos (single-parents), o serán aquellas que carecen de familia o de ayuda social: Esto también se ha confirmado.
- Las madres infanticidas serán relativamente jóvenes: Esto también se ha confirmado.

Violencia Sexual

La violación humana se ha definido como cópula forzada no-consensual, donde puede o no puede estar involucrada la fuerza física. Se ha considerado siempre como un comportamiento maladaptativo, causado por disfunción social, debido a una variedad de causas posibles; sin embargo, esto no explica el hecho que muchos machos animales también cometen violaciones (por ejemplo, peces, mosca escorpión, patos, elefantes marinos, orangutanes).

En general, los evolucionistas miran la violación como una estrategia reproductiva alternativa, de la cual, según señalan Shield y Shield (1983), hay tres tipos diferentes:

1. Cortejo honesto (Honest courtship)
2. Seducción-engaño (Seduction – deception).
3. Violación (Rape)

Thornhill y Palmer (2000) razonan que los hombres que son exitosos socialmente y tienen acceso suficiente a recursos limitados es probable que sean exitosos dentro de la primera estrategia. Otros, que pueden carecer de estatus o recursos sociales, pueden utilizar una estrategia de seducción/engaño, donde pueden fingir tener tal acceso, o pueden seducir a las hembras que ya tienen compañeros debido a su posesión de otras características (por ejemplo, buena presencia (good-looks), una hipótesis que señala que las mujeres buscan tener hijos atractivos).

Según ellos, debido a las desigualdades en la inversión parental, habrá siempre hombres que tienen pocas ocasiones de emparejarse usando estas estrategias y, por tanto, estarán “forzados” a adoptar la violación como una estrategia alternativa riesgosa. Thornhill y Thornhill (1983), por ejemplo, señalaron que la violación humana se podría considerar como un comportamiento evolutivo,

empleado por varones que no podían competir para los recursos necesarios para atraer y reproducirse con éxito con parejas deseables. Predijeron que los varones que han alcanzado un alto rango, serán los que presentan la menor probabilidad de cometer violación, mientras aquellos que tienen las mayores dificultades para subir en la escala social serán los que presenten la mayor probabilidad. Estos hombres pueden emplear la violación, como la única alternativa comportamental, o dependiendo de su estatus social relativo, pueden incorporar la violación dentro de un repertorio de otros comportamientos que incluyen bajas inversiones en relaciones de pareja con una o más mujeres y/o la inversión de recursos disponibles hacia sus hermanas o hacia los descendientes de sus hermanas (avunculate). Ellos se focalizaron, luego, en los patrones que exhiben los violadores y sus víctimas y probaron una serie de predicciones:

1. Edad de la víctima: Su teoría predijo que los hombres no violarán uniformemente a través de la distribución de las categorías femeninas de la edad, sino que se concentrará alrededor del peak de la capacidad reproductiva femenina. Compararon la edad de las víctimas de la violación con la edad de las mujeres en la población general y el peak de edad de las víctimas de violación correspondió, efectivamente, con las edades de la mayor capacidad reproductiva femenina.

Analizaron también los principales bancos de datos donde se encuentran los reportes realizados por las fuerzas de policía, las agencias sociales y los hospitales, relativos a la violación. Notaron, por ejemplo, que un estudio de Hindelang y Davis, donde se realizó un examen de 130.000 hogares en 13 ciudades norteamericanas, mostró que las mujeres jóvenes (con edades aproximadas entre los 15 a los 25 años), eran violadas más frecuentemente.

Datos de otras culturas confirmaron este resultado. Entonces calcularon la distribución de las víctimas de violación, a través de las categorías de edad, en relación a los valores calculados acerca del valor reproductivo y la fertilidad y había una clara correspondencia entre estos valores.

Una pregunta importante se generó, refiriéndose a si las víctimas femeninas de violación, difieren en edad respecto a otros crímenes violentos. Algunos autores habían indicado, que la edad de mayor riesgo para la violación, no era diferente a la de otros crímenes, y si esto es así, puede decirse, luego, que la violación no es única respecto a otros conjuntos de datos relativos a las mujeres en la población. Thornhill y Thornhill (1983) compararon a las víctimas de violación con las víctimas femeninas de asesinato recolectadas por el Departamento de Justicia de Estados Unidos, y de hecho encontraron que la distribución de edades entre las víctimas de violación y asesinato, eran muy diferentes, siendo mayor la probabilidad de que las mujeres jóvenes sean violadas que asesinadas.

2. Nivel socioeconómico de la víctima: El nivel socioeconómico de una mujer es un factor importante en la probabilidad de ser víctima de una violación - las mujeres de niveles socioeconómicos más bajos presentan una mayor probabilidad de ser víctimas de violación. Hay varias razones posibles para esto:

- Una seguridad más pobre en las áreas residenciales de menor nivel socioeconómico.
- Una mayor probabilidad para la ausencia de un compañero protector.
- Una probabilidad reducida para la acción judicial (retaliation), o para el interés de la policía en estos casos.
- El acceso de los hombres violadores es también más probable hacia los estratos socioeconómicos más bajos.

3. Edad del violador: La predicción señala que es más probable que los hombres cometan violación cuando la competencia por las hembras es más intensa, es decir, cuando los hombres adolescentes entran a la “población casamentera”, o cuando el éxito social es determinante en su grado máximo. En ese momento la mortalidad masculina se incrementa, toda vez que los hombres se involucran en actividades de alto riesgo, en el contexto de la competencia sexual.

Los hombres jóvenes están fuertemente sobre-representados en las estadísticas de arresto por violación. Una vez más, es importante comparar las edades de los arrestados por violación con las edades de otros criminales masculinos y es también el caso que los crímenes son cometidos más frecuentemente por hombres jóvenes, lo que probablemente es un reflejo general de la competencia sexual y de la adquisición de recursos.

4. Estatus del violador: Thornhill y Thornhill (1983) predijeron que los hombres que tienen las mayores dificultades para subir en la escala social será más probable que cometan violaciones. No se espera que los hombres de estatus social más alto violen, porque su estatus los provee de acceso sexual no forzado a parejas femeninas.

Los datos de delincuentes violadores, sugieren, de hecho, que los violadores están educados más pobremente y presentan un trasfondo socioeconómico bajo. Un factor clave en esto parece ser el hecho que la falta de ayuda familiar, reduce la probabilidad de que un varón joven, asegure un soporte de abundancia y prestigio, ya que la violación es más alta entre los varones jóvenes cuyas familias son las menos aportativas, carecen de un padre, o cuentan con un padre desinteresado.

Un estudio de Svalastoga (en Thornhill y Thornhill, 1983) reportó que en Dinamarca, el 59% de los delincuentes violadores eran trabajadores inexpertos o trabajadores rurales y 31% más eran vagabundos; el 80% de estos delincuentes tenían escasa escolaridad.

En las sociedades preindustriales, la dote (el precio que se le paga a la familia de una mujer para el matrimonio) se asocia con una intensa competencia intra-varones y una marcada estratificación social. Podemos predecir que estas circunstancias, llevan a hombres de estatus bajo, a emplear la violación como una estrategia alternativa, y un alto precio de la novia debe conducir a niveles más altos de violación. Esperemos datos.

5. El miedo psíquico y los problemas de ajuste en la víctima: Los evolucionistas señalan que la violación reduce dramáticamente el potencial reproductivo femenino, por ejemplo, de las siguientes maneras:

- Presenta un gran potencial de lesiones peligrosas para la vida reproductiva.
- Puede conducir a enfermedades.
- Reduce la capacidad de las mujeres para elegir y sincronizar las circunstancias de la reproducción.
- Disminuye la posición de la víctima en el “mercado” de la competencia reproductiva (the economics of reproductive competition).
- Si ella tiene pareja, puede conducir al rechazo y la hostilidad de su compañero y de sus parientes.

Estos factores, razonan los evolucionistas, sería probable que condujeran a la selección natural de *emociones negativas* referentes a la amenaza o a las consecuencias emocionales de la violación. En todas las sociedades humanas, las mujeres se asustan frente a la posibilidad, así como a las consecuencias de la violación, y este hecho las atemoriza, tanto o más que el asesinato (Buss, 1994).

Thornhill y Thornhill (1983) sugirieron que el dolor psicológico, es un mecanismo evolutivo que centra la atención de la persona en los hechos que rodean al dolor, lo que contribuye a eliminar y evitar los hechos que lo provocaron. Señala Buss (1994) que en un estudio llevado a cabo en Filadelfia, sobre 790 mujeres violadas, las que estaban en edad reproductora se hallaban más traumatizadas que las niñas prepúberes o las mujeres mayores, lo que se manifestaba en problemas de sueño, pesadillas, temor a los hombres desconocidos y miedo a estar en casa solas. Añade Buss,

“El hecho de que las mujeres en edad de reproducirse experimenten mas dolor psicológico, apoya la idea de que las mujeres tienen mecanismos evolutivos sensibles a su propio estado reproductor, que las ponen sobre aviso de las interferencias que se producen en su estrategia de reproducción sexual, así como (refuerza) la idea de que la coerción sexual puede haber sido uno de los rasgos recurrentes del entorno social ancestral, en que los humanos evolucionaron” (Buss, 1994, p. 279).

Parece ser muy claro. Las sorprendentes adaptaciones femeninas para la sexualidad ancestral abarcan una gama de aspectos, tal como ya hemos visto. Ahora nos encontramos con las *mentales*. ¿Son ellas el producto de la modernidad, de la industrialización, del impacto de los últimos cientos de años, o son –más razonablemente– el impacto de las condiciones ancestrales de la evolución humana? Usted decida.

En síntesis, dicen Daly y Wilson:

“En todas las sociedades sin excepción, los hombres asesinan a rivales hombres no emparentados en proporciones vastamente más altas que lo que lo hacen las mujeres a rivales mujeres no emparentadas. Las otras cosas que hemos aprendido pueden no ser tan universalmente ciertas; hemos hecho nuestras investigaciones principalmente usando materiales de Canadá, Estados Unidos y Gran Bretaña, pero estamos bastante seguros que estas cosas se aplican mucho más ampliamente. Es más probable que hombres solteros cometan asesinatos que hombres casados, y los divorciados o viudos se comportan como los solteros de la misma edad con relación a este asunto. Víctimas y asesinos son usualmente adultos jóvenes, y este patrón de edad persiste cuando distinguimos entre hombres casados y no casados, o empleados y desempleados. Aunque la víctima y el asesino son usualmente no emparentados, en general no son desconocidos entre sí; la mayoría de estos casos involucran disputas sobre status social. El grado de inequidad de los ingresos es un mejor predictor de la prevalencia de tal violencia que el ingreso promedio, a cada nivel de comparación, desde naciones hasta vecindarios en una ciudad. (¡Este resultado probablemente tiene la mayor relevancia para establecer políticas públicas, en comparación a los otros hallazgos que mencionamos, pero la implicación que una nivelación económica sea deseable es difícil de vender estos días!) Un aún mejor predictor de tasas de homicidios al nivel de vecindario, es la esperanza de vida de los hombres: donde los hombres mueren a tasas relativamente más altas de causas distintas del homicidio, es allí donde también la tasa de homicidio es mayor.

Hemos encontrado que las esposas jóvenes, son las que son más probablemente asesinadas por sus maridos, y que esto no es enteramente una cuestión de una corta duración del matrimonio o del hecho que los maridos son hombres jóvenes. Hemos encontrado que la disparidad de edad es un gran factor de riesgo para el asesinato matrimonial, y la existencia de hijastros es otro. Hemos también documentado que el riesgo aumenta en mujeres, justo después de la separación de sus esposos, que la juventud de la esposa es un factor de riesgo aún mayor en estos casos, y que los hombres que asesinan sus ex mujeres son suicidas con una frecuencia excepcional. En cuanto a padres que asesinan niños, hemos mostrado que la edad de la mujer es un poderoso predictor del riesgo de infanticidio; que la maternidad soltera es otro factor de riesgo, distinto de la juventud de la maternidad; que las madres que asesinan a sus hijos recién nacidos, aunque a menudo depresivas, son raramente suicidas, mientras que aquellas que asesinan niños mayores son mucho más probables de cometer suicidios y/o estar psiquiátricamente perturbadas; y que el riesgo en manos de padres exhibe un patrón de edad distinto que el riesgo en manos de las madres.

El homicidio de hijastros versus hijos genéticos es mayor para niños que adolescentes y disminuye con la edad, pero por supuesto también el conflicto en familias con hijastros puede ser severo con adolescentes. (En realidad es mucho más probable que un adolescente asesine un padrastro que a un padre genético). Los conflictos con niños mayores son resueltos, en parte, por el hecho que ellos generalmente abandonan el hogar más temprano que aquellos cuyos padres genéticos viven juntos.” (Araya, 2000).

LAS MARCAS DE UN INSTINTO ANCESTRAL

La agresividad, en los humanos, muestra todos los rasgos que se esperan de un comportamiento que parece sólidamente asentado en los genes y los instintos: especialización por género, aparición temprana, alta heredabilidad y consistencia, y permanencia en las diversas etapas del ciclo vital. Veamos.

Especialización por género:

Estudios de metaanálisis han mostrado, según Larsen y Buss (2005), que los hombres muestran más agresividad física que las mujeres. Esto se muestra en pruebas de personalidad, en fantasías agresivas y en medidas de comportamiento real. En general, los tamaños del efecto para la agresión son mayores en las pruebas proyectivas, como el TAT, que muestran una d de 0.86. Las medidas de reporte muestran una d de 0.63, mientras las mediciones de autoreporte muestran una d de 0.40. Por su parte, las medidas de fantasía de la agresión arrojan diferencias grandes, de 0.84.

Semiología:

El estudio de los factores de riesgo en la agresión física crónica ha mostrado que uno de los principales factores es el sexo. La agresión física es bastante más frecuente en los niños (hombres) desde la primera infancia. Desde ahí la diferencia va aumentando progresivamente. Se calcula que sólo permanece en el 13% de las niñas, frente al 69% de los niños. Como características personales en el niño menor de 24 meses, se han mencionado factores genéticos, características temperamentales, déficit neurocognitivos, la hiperactividad y las conductas oposicionales. En un estudio, el NICHD (2004) se menciona que el niño hiperactivo a los 18 meses, presenta dos veces más probabilidad de presentar conductas agresivas entre los 18 y los 60 meses. Los más oposicionistas presentan el triple de riesgo y los que presentan “comorbilidad” (más de una característica), tal como oposición-hiperactividad, presentan cuatro veces más probabilidad de prestar conductas agresivas entre los 18 y 60 meses.

De hecho, se puede afirmar que cuando en los niños se presentan conductas de agresión física este es el mejor predictor de riesgo para las conductas delinquentes violentas y no violentas en la adolescencia. Cuantos más síntomas presenten los niños con trastornos de conducta, mayor será la inadaptación social tales como el fracaso escolar, rechazo por parte de los compañeros, sexualidad precoz, tabaquismo, consumo de drogas y de alcohol, participación en bandas, depresión, ideas suicidas, embarazo durante la adolescencia y problemas de integración en el mercado laboral, así como problemas de salud.

Alta heredabilidad:

Larsen y Buss (2005) señalan, además, que la agresividad presenta altos grados de heredabilidad, medida esta por correlaciones alcanzadas entre gemelos idénticos criados separados. La correlación para la agresión es 0,67

Consistencia y permanencia en las diversas etapas del ciclo vital:

Cuentan Larsen y Buss (2005) que el psicólogo noruego Dan Olweus ha realizado estudios longitudinales de “pendencieros” y “chivos expiatorios”. Los pendencieros (o peleadores) son aquellos que se meten con otros niños y los victimizan. Hacen cosas como “hacerles zancadillas en los pasillos, empujarlos contra los casilleros, darles codazos en el estómago, quitarles el dinero del almuerzo y ponerles apodos”. Incluso se reportan casos de pendencieros que “untan excremento en sus víctimas” y “los obligan a tragar leche mezclada con detergente”.

Aunque las víctimas no parecen tener características externas que parezcan diferenciarlos, estos estudios han mostrado que presentan ciertos rasgos psicológicos. Es común que las víctimas “tiendan a ser ansiosas, temerosas, inseguras y carentes de habilidades sociales”. Son “emocionalmente vulnerables”, así como “débiles en lo físico”. Además, sufren de “baja autoestima, pierden interés en la escuela y muestran falta de habilidades para establecer o mantener amistades”. También “carecen de apoyo social”. Ellos reportan que se estima que 10% de todos los niños en edad escolar temen a los pendencieros, así como que la mayoría de los niños “han sido víctimas de los pendencieros, al menos una vez”. (Citado en Larsen y Buss, 2005, p. 136).

Esta distinción, entre “pendencieros” y “víctimas”, la detectan los maestros ya en el sexto grado. Estudios mostraron que la mayoría de los niños recibieron (o mantuvieron) esta misma clasificación un año después, en séptimo grado. Uno puede pensar que esto es lógico, pues los maestros (entre otros) acostumbran poner “etiquetas” a los niños, lo cual cuesta “sacárselas”. Lo que llama la atención, es que estos niños habían pasado a otro nivel escolar y, por tanto quienes los clasificaron así fueron otros maestros, en escuelas diferentes. ¿Será un efecto de la “etiqueta”?

Los pendencieros no se detienen en la niñez. Anotan Larsen y Buss (2005) que “*Cuando Olweus hizo un seguimiento a miles de niños desde la escuela primaria hasta la adultez, encontró continuidades marcadas. Los pendencieros en la niñez, tuvieron mayor probabilidad de convertirse en delincuentes juveniles en la adolescencia y en criminales en la adultez*”. Un sorprendente “65% de los niños que fueron clasificados por sus maestros como pendencieros terminó teniendo condenas por delitos para cuando tenían 24 años de edad” (Larsen y Buss, 2005, p. 136).

Otro estudio respecto a características de sus personalidades, que correlacionan con el ser pendencieros (con medidas de autorreporte, así como con la opinión de, al menos, dos compañeros, que también los clasificaron así) mostró que ellos muestran rasgos de “*extroversión, neuroticismo y*

psicoticismo, tienden a ser más expansivos y gregarios, impulsivos y sin empatía. Además, expresan ambivalencia y conflicto hacia sus familias". (Larsen y Buss, 2005, p. 136).

Usted puede tomar muchas extrañas actitudes frente a estos datos. Ignorarlos, por ejemplo. Pero no son los únicos. Profundizar en estos descubrimientos (ojalá). Buscar inmediatamente culpables, tales como los ya habituales: la madre, el padre o su ausencia, o sus golpes, los medios de comunicación, los juegos de computador, los maestros que ponen etiquetas y terminan convenciendo a los niños que ellos son así, la influencia de los amigos pandilleros, el efecto del alcohol y de las drogas y tantos otros, donde podemos mencionar la pobreza, la exclusión social, la industrialización, la economía social de mercado, la explotación y el capitalismo. Sin duda, todos esos elementos son importantes y habrá que dimensionarlos correctamente. Pero aquí yo me acuerdo de los siete millones de años de evolución de nuestro pasado –que antes mencioné– y me pregunto, por ejemplo: ¿un instinto tan finamente calibrado como el de la agresividad –que se presenta fundamentalmente asociado con la masculinidad, además– habrá sido, de algún modo, adaptativo, tanto como para ayudarnos a sobrevivir en las –muy probablemente– duras condiciones de nuestro pasado ancestral? ¿No explicará eso una gran parte de todo lo que hemos tratado de exponer en este trabajo? ¿Serán ellos (los pendencieros, por ejemplo) culpables de portar (en mayor o menor grado) tales calibraciones ancestrales? ¿Podremos evaluar la interacción entre instintos versus aprendizajes, o influencias ambientales, otorgándole a cada uno lo que le corresponde? ¿Podremos observar y analizar su verdadera interacción? ¿Podremos observar *cómo es que, realmente, el pasado interactúa con el presente*? ¿Podremos responder a la pregunta sobre *cuánto del presente se debe al pasado*? Y si se trata de los cuántos, ¿cuánto del uno y cuánto del otro?

UNA REFLEXIÓN FINAL

El tiempo apremia y debo entregar este trabajo, para su publicación. Viajo en este momento a diez mil metros de altura, volando hacia la ciudad de La Serena –como tantas otras veces– para intentar convencer a mis alumnos sobre la pertinencia y profundidad de la nueva perspectiva evolucionista para todas las disciplinas del mundo social. Intentaré hacer lo mismo con mis alumnos de Santiago, cuando vuelva –si puedo– una vez más. Miro por la ventana del avión y observo nuestra hermosa cordillera, cubierta de nieve. Parece inamovible, aunque no siempre estuvo ahí. Surgió en algún momento, en un momento que se pierde en el tiempo geológico de nuestra Tierra. Y sobre el paisaje natural que se extiende a mis pies, se puede observar la obra humana: líneas de carretera, una gama de rectángulos de verdes coloridos, planos de ciudades. No puedo menos que pensar que la obra humana se construyó sobre una antigua naturaleza, imponiendo sus líneas sobre un antiguo paisaje, tanto *respetando* como también *imponiendo* una nueva lógica.

Pienso en cuánto costará que las ciencias sociales del siglo XXI, después de tantas duras batallas, decidan abrir sus puertas al reconocimiento de la fuerza de los genes y de sus inseparables compañeros, los instintos. Y reconocer su presencia poderosa, en permanente interacción con las

circunstancias sociales y culturales diversas con las que se enfrentaron y se enfrentan hoy los humanos. Sexo y violencia se encuentran aquí, miserablemente unidos. Presentes en toda sociedad conocida. Acaso, frente a ello, ¿podemos negar la fuerza de los genes y de los instintos? ¿Cuánto costará otorgarles el lugar que se merecen, a la luz del aprendizaje, la influencia de la socialización, la madre, la presencia o ausencia del padre, los medios de comunicación, la industrialización, la globalización o el capitalismo, si todo ello se arrastra –de una u otra manera– por tan amplios espacios del mundo animal?

Porque, ¿qué otro medio poderoso –si no son los genes y los instintos– ha permitido trasladar diseños ancestrales, provenientes de millones de años de evolución, hasta el presente? Me es difícil pensar en otro medio. Yo, al menos, no conozco otro capaz de hacerlo. Sin duda ellos interactúan con las condiciones sociales y culturales del presente. No actúan solos. Pero es claro que constituyen un fundamento central, fundamento que –ineludiblemente, a esta altura– debemos considerar con toda seriedad. Ellos son los que nos permiten pensar en la idea de una *naturaleza humana*. Una naturaleza, donde sexo y agresividad, se encuentran entrelazados, aunque no siempre –felizmente– de muchas e intrincadas maneras.

Y aunque las ciencias sociales del siglo XIX –y gran parte del siglo XX– hayan pretendido negarlo, muchos creen –y yo también pienso así– que *tal naturaleza sí existe*. Y eso no significa que no podamos transformarla. Pero sí debemos *reconocerla*. En verdad, creo que la naturaleza nos sorprende y llama la atención, observar cómo, los humanos, somos parte de esa sorpresa. Sin duda, la historia de tanto sufrimiento, de tanta maldad y dolor merece una explicación razonable. Pero explicar no es justificar. Tampoco es intervenir. Aunque conocer las razones profundas de la agresividad humana nos permitirán estar mejor preparados –estoy convencido– para enfrentar sus nefastas consecuencias.

Algún día dispondremos de herramientas poderosas para transformar esta violenta naturaleza. Aún así, flota en mi mente una pregunta final: ¿Habrán tenido la naturaleza –a pesar de todo– buenas razones para hacer lo que hizo?

* Dedico este trabajo, con amor inmenso, a mi señora, Carmen, así como a nuestros frutos: Camilo y Javiera. Se lo dedico, también, a mi maestro Demócrito. De él aprendí todo lo básico y elemental sobre lo que intentamos hacer: *ciencia*. Gracias.

BIBLIOGRAFÍA

- Araya Schulz, Roberto** (2000): Entrevista a Martin Daly y Margo Wilson.
- Buss, David M.** (1994): La evolución del deseo: Estrategias del emparejamiento humano. Madrid: Alianza Editorial.
- Daly, M., & Wilson, M.** (1985): Child abuse and other risks of not living with both parents. *Ethology and Sociobiology*, vol 6.
- Daly, M., & Wilson, M.** (1988): Evolutionary social psychology and family homicide. *Science*, vol. 242.
- Daly, M., & Wilson, M.** (1996): Homicidal Tendencies. *Demos*, Dec.
- De Waal, Frans B. M.** (1986): The Brutal Elimination of a Rival Among Captive Male Chimpanzees. *Ethology and Sociobiology*, vol. 7.
- Dunbar, Robin** (1993): Coevolution of neocortical size, group size and language in humans. *Behavioral and Brain Sciences* 16 (4): 681-735.
- Dunbar, Robin** (2000): El lenguaje crea el vínculo social. *Mundo Científico*, vol. 224.
- Dunbar, Robin** (2003): The social brain: Mind, language, and society in evolutionary perspective. *Annual Rev. of Anthropology*. Vol. 32.
- Fukuyama, Francis.** (2002). Las mujeres y la evolución de la política mundial. *Letras libres*, Septiembre.
- Gottschall, Jonathan** (2004) Explaining Wartime Rape. *The Journal of Sex Research*. Vol 41.
- Kruszelnicki, Karl S.** (2003) Genghis 'Adam' Khan 2, Pty Ltd.
- Larsen, Randy y David M. Buss** (2005) Psicología de la personalidad. Mexico: McGraw-Hill.
- Leakey, Richard y Roger Lewin** (1995): Nuestros Orígenes: En busca de lo que nos hace humanos. Editorial Crítica, Barcelona.
- Maletzky, Barry** (1996): Evolution, psychopathology, and sexual offending: Aping our ancestors. *Aggression and Violent Behavior*, vol 1, N° 4.
- MINSAL, Chile** (2003): Prioridades programáticas en Salud mental.
- NICHD** (2004): Trajectories of physical aggression from toddlerhood to middle childhood: predictors, correlates, and outcomes. *Monograph of the Society for Research in Child Development*, vol. 69.
- Shields, W.M., y Shields, L.M.** (1983): Forcible rape: an evolutionary perspective. *Ethology and Sociobiology*, vol. 4.

- Tamrin, H., Buchmayer, S., y Enquist, M.** (2000): Step-parents and infanticide: new data contradict evolutionary predictions. *Proceedings of the Royal Society of London B*, vol. 267.
- Thornhill, Randy y Craig T. Palmer** (2000): Why Men Rape. The Sciences, Published by the New York Academy of Sciences; January/February, 2000.
- Thornhill, R., & Thornhill, N.W.** (1983): Human rape: an evolutionary analysis. *Ethology and Sociobiology*, 4: 137-173.
- Wilson, M., y Daly, M.** (1985): Competitiveness, risk-taking and violence: the young male syndrome. *Ethology and Sociobiology*, vol. 6.
- Wilson, Michael y Wrangham, Richard** (2003): *Intergroup relations in Chimpanzees. Annual Review of Anthropology*, vol. 32.
- Wong, Kate** (2003): El más antiguo de los homínidos. *Investigación y Ciencia*, Marzo.